

## CAPITULO IX.

Un aviso.

Dejemos por un momento á Inés y Clotilde, temerosas por la suerte de Nuñez, mientras Duval se aleja de ellas respirando venganza, y ocupémonos de otros personajes que tambien interesan á nuestra historia.

Hemos visto en uno de nuestros anteriores capítulos salir del templo á Leopoldo, seguido de Julian, á quien Willey, al separarse, habia encargado que no le perdiese de vista hasta no verle entrar en la casa en que se reunian los conspiradores.

Nuñez, al salir de la Iglesia, observado siempre por Julian, se detuvo un instante

en el átrio, dirijiendo la vista á todas partes como en busca de alguno.

Era precisamente el momento de mas vida y de mas animacion en la Villa.

Todas las piezas bajas de las casas se habian convertido de repente en otras tantas fondas, á las cuales acudia, como acontece siempre, la mayor parte de las personas que han concurrido á la fiesta, excepto la clase alta de la sociedad. Allí la gente de frac y de frazada, las señoras de pañolon de Manila ó *tápalo*, como lo llaman, y las graciosas *chinas* (1) de enagua corta y desnuda pierna, pagan tributo á la costumbre de almorzar en la animada Villa; y unas sentadas en malas sillas, y otras en el suelo, alimentan su estómago con el sabroso *mole de guajolote*, (pavo en salsa roja) y el *chito* (2), ayudados del sabroso pulque de piña, de almendra ó de naranja.

Nuñez, despues de estar un instante en el átrio, se resolvió á dejar aquel sitio.

(1) Mujeres del bajo pueblo, por el estilo de las manolitas españolas.

(2) Cabrito cuya carne se ha secado exprofeso.

Al cruzar á la izquierda, por junto á la pared de la iglesia para no tropezar con la multitud de gente que entraba y salia del templo, mil voces chillonas de mujer, sentadas debajo de sombreros, le rompian los oidos, gritando sin cesar:

—A doscientas *tortillitas* (1) doy por medio, á doscientas: *aprúebelas* vd. señorito.

Pero Nuñez no estaba para detenerse. No bien habia dejado el átrio, se dirigió al *Pocito*, pequeña capilla en cuyo centro se halla un manantial de agua sulfurosa, que pasa entre el vulgo por milagrosa para curar todas las enfermedades. Allí se quedó como en espera de alguno, distrayéndose en ver á multitud de personas agolpadas al rededor del barandal de fierro que circunda el *Pocito*, para evitar que álguien caiga á él, afanadas en llenar del expresado líquido, las botellas y jarras que han ido cargando desde México, y sin el cual, así como sin las *tortillitas*, de que ya he hablado, nadie

(1) Pequeños panecillos de maíz endulzado, de muy agradable gusto, y sin los cuales nadie vuelve de la fiesta.

acostumbra volver á la capital. No parece sino que cuantos al expresado *Pocito* acuden, son ciegos apasionados del sistema hidropático. Todos, á compentencia, beben vaso tras vaso, con una fe ciega, el agua milagrosa, distinguiéndose muy particularmente los indios que, no satisfechos con lo que han depositado en el estómago, acuden luego á un lugar exterior de la capilla en que existe la misma agua, y allí se bañan los piés, los brazos y la cabeza, para quedar benditos por dentro y por fuera.

Nuñez parecia impacientarse con la tardanza del que esperaba, y dirijia la vista hácia la calzada que conduce al *Cerrito*, cubierta entonces de millares de personas que subian á bailar y merendar alegremente.

Julian, que le habia ido siguiendo, le contemplaba desde un extremo de la capilla; pero en los ojos de aquel criado de Willey, habia algo que no se parecia en nada á la siniestra mirada del que espía los movimientos de su víctima. Mas que el Argos que vigila, parecia el escultor que contempla una noble figura que le agrada, para

sorprender y presentar en el arte, los tesoros de la naturaleza.

Y efectivamente, Nuñez, con los ondulosos rizos de su cabello rubio, con gracia sin igual peinado, con la mano derecha metida en el pecho del frac, y la izquierda apoyada en un hermoso baston de estoque con puño de blanco marfil, colocado debajo de un gran cuadro pintado al óleo que adorna la capilla, parecia el modelo de una de esas notables esculturas que inmortalizan el nombre de sus autores.

Pero Julian no era escultor; Julian no era mas que un criado sin instruccion ninguna, que mal podia apreciar esas actitudes naturales y llenas de atractivo que forman el estudio y el tesoro del artista que sabe utilizarlas.

Al verle con los ojos dulcemente fijos en el hombre que vigilaba, se hubiera dicho que el noble porte, la figura interesante de Nuñez, su dulce fisonomía, su continente, todos sus movimientos que respiraban dignidad y finura, le habian inspirado una viva simpatía.

De repente Nuñez dejó la actitud en que le hemos visto: se pintó en su rostro la inquietud; esperó otro instante; sacó el reloj para saber la hora, hizo un gesto de sorpresa, y echó á andar precipitadamente diciendo en voz baja.

—Me citó aquí, y la hora ha pasado: es demasiado tarde: iré, si viene, á la casa en que es la reunion.

Julian, al verle partir, apresuró el paso para alcanzarle.

Nuñez tomó por detras del Santuario.

Por aquel sitio no pasaba ninguno.

El criado de Willey lo advirtió, y quiso aprovechar aquella coyuntura.

El amigo de Leopoldo caminaba á prisa sin notar que le seguian.

Julian se colocó en dos saltos á pocos pasos de él.

—¿Señor Nuñez?

Gritó el que le seguia.

—¿Qué se ofrece?

Contestó el jóven deteniéndose.

—Vengo á avisarle á vd. de un peligro.

Nuñez se inmutó.

—¿Peligro? ¿y cuál?

—A vd. le esperan varios enemigos del gobierno.

—¿Quién te ha dicho que....

—La reunion es en la casa de D. Francisco L.

Añadió el hombre sin dejarle concluir.

—¿Quién te ha dado esas noticias?

—Déjeme vd. acabar.

—Bien, continúa.

—Va vd. á firmar un acta en que figuren varios jefes del ejército.

—Pero tú ¿quién eres?

—A vd. le debe importar muy poco saber quien soy yo.

—Sin embargo....

—Bástele conocer que lo que digo es cierto, para estar seguro que trato de salvarle del peligro que le amenaza.

—¿Pero cómo has llegado á descubrir?

—No puedo responder á sus preguntas.

—Pero....

—Vd. ha entrado en el plan de revolucion, para que caiga el gobierno actual.

—Tal proyecto....

—Es cierto: en vano intentaria vd. negarlo.

—Pero ¿quién te ha informado?

—Una persona que quiere á vd. muy mal; pero yo le debo á vd. un favor, y he querido avisarle para que no caiga en la ratonera.

—¿Un favor á mí?

—¿Se acuerda vd. de un pobre que se acercó la Semana Santa á pedirle á vd. un socorro para dar de comer á su familia, y á quien vd. le dió un peso?

—Ese pobre....

—Era yo.

—¿Será posible?

—Cierto.

—¿Y mis compañeros de ideas políticas, Leopoldo y Rafael?

—Es imposible que se salven; pues la casa estaba cercada con anticipacion por agentes de policia, vestidos de paisanos que se irán apoderando de los conjurados conforme vayan saliendo del edificio.

—¡Y no poder salvarles!

—Ya es tarde para conseguirlo. Pero apresúrese vd. á volver á México para que yo pueda dar esa disculpa á quien me ha encomendado que no le pierda á vd. de vista.

Nuñez pareció meditar un momento; y luego tomando una resolucion, exclamó:

—No: correré la suerte de todos: ó salvarles, ó sufrir con ellos.

Y echó á andar con direccion á la casa en que era la reunion, volviendo por el mismo sitio por donde habia marchado, para ver si entre el gentío de la plaza encontraba á Leopoldo.

El agradecido Julian, empeñado en salvarle, volvió á suplicarle desistiese de su intento; pero nada escuchó Nuñez: era invariable en sus resoluciones, y no quiso detenerse ante la vista del peligro.

El agente de Willey le seguia á regular distancia, esperando aún que cambiase de resolucion.

Nuñez caminaba á prisa y mirando á to-

das partes, buscando entre el inmenso gentío á su amigo.

Tan preocupado marchaba en esta idea, que al llegar enfrente al átrio, tropezó con una mujer que, con la cabeza inclinada al suelo, y cubierto el rostro con un rebozo oscuro, caminaba de rodillas hácia el templo.

La tapada levantó la cabeza, y al fijar los ojos en Nuñez, dejó escapar una exclamacion de asombro.

El preocupado jóven, sin fijar la vista en la persona con quien habia tropezado, y sin oir aquella exclamacion, continuó su marcha, seguido siempre de Julian.

Pero aquel grito que para él habia pasado desapercibido, lo recogió otra mujer que quedó sorprendida y quieta al oirlo.

Nuñez, despues de cruzar la plaza por en medio del gentío, tomó una calle estrecha que está á la derecha, y penetró en el ancho zaguan de una casa.

El hombre que le seguia se quedó en la acera de enfrente, triste y pensativo.

—¡Ya no hay remedio!

Dijo, y se dirigió al sitio en que le esperaba Willey.

—¿Dónde has dejado á Nuñez?

—En la casa en que se reunen los conjurados.

En la fisonomía del doctor brilló la alegría, y dijo frotándose las manos.

—Hemos triunfado.

En aquel mismo instante se dirigia á toda prisa hácia su coche D. Emilio.

El lacayo le abrió la portezuela, y al penetrar en el carruaje, dejaron escapar Inés y Clotilde una exclamacion de alegría.

—A casa, inmediatamente.

Dijo al auriga sentándose enfrente de las dos hermosas.

El cochero aplicó el látigo á los briosos caballos, y el coche rodó con direccion á la capital.

—¿Y Leopoldo?—Se atrevió á preguntar Inés.—¿Le has visto?

—No: ya no estaba, cuando llegué á la iglesia, en el sitio en que me indicaste, y no he podido encontrarle en ninguna parte.

Clotilde sintió discurrir por sus miembros un frio mortal.

—¡Sin duda está preso!—Pensó interiormente, y su semblante se veló de una palidez extrema.

Inés inclinó la cabeza sobre el pecho, y contuvo un suspiro, próximo á exhalar.

Entre tanto el gentío que se dirigia á la Villa era cada vez mayor.

Los fondistas continuaban vendiendo su mole verde.

Las indias pregonaban en mal castellano sus efectos.

La gente del bajo pueblo bailaba en el Cerro al son de la *jarana*, bandolon y arpa, despues de haber almorzado el sabroso *chito* y los frijoles gordos, ayudados de sendos tragos de pulque.

La aguda voz de las vendedoras de *tortillitas*, se unia á la ronca y destemplada del cacaguatero, del naranjero y del vendedor de agua de limon.

Los indios seguian bañándose la cabeza en el agua azufrosa del *Pocito*.

La fiesta continuaba alegre y animada.

El bullicio se aumentaba.

Y el coche que conducía á Inés, Clotilde y D. Emilio, desapareció entre las espesas nubes de polvo que los carruajes y los caballos levantaban en la espaciosa calzada.

## CAPITULO X.

En la prision.

Hace tiempo que vimos conducir á la cárcel en medio de una patrulla de soldados á un inocente por el crimen de asesinato que se le imputaba.

Este preso era D. Félix Huerta, el honrado dependiente de D. Felipe Flan.

Al escuchar el ruido de los cerrojos de las pesadas puertas que tras de sí cerraban, sintió helársele la sangre en las venas, y que sus piernas flaqueaban.

El aspecto lúgubre de aquella oscura mansion donde se le encerraba, confundiendo con los mayores criminales de la sociedad, le hizo estremecer de horror.